

1. GABRIEL D'ANNUNZIO



—¿Querrá responder a unas preguntas, Excelencia?

—Probablemente. Pero no es seguro.

—He leído su obra maravillosa.

—Es usted inteligente, no me cabe duda. ¿Recuerda usted aquella novela de un francés renunciando al amor? Yo nunca renuncié al amor. Toda mi obra maravillosa, como usted ha dicho muy bien, está sustentada por el amor. Casi todas las mujeres del mundo me amaron. He dicho casi todas por un nobilísimo principio de humildad.

—Yo quería preguntarle sobre su obra.

—Pero es que mi obra es, precisamente, el amor. ¡Cuántas despedidas amigo mío! Un hombre menos fuerte que yo no hubiera podido resistir tantas lágrimas, tantas separaciones.

—Usted escribió poesía, teatro, novela.

—Sí. Y también historia. Política no puede decirse que hiciera. Pero de verdad, lo que me importaba era la mujer, ese ser sorprendente.

—¿Viajó?

—Sí. Mi más bello viaje lo hice con una mujer en Venecia, en una góndola enrojecida por el sol poniente.





—¿Con Eleonora Duse?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Lo escribió usted, en una novela.

—Es verdad. Pero, ¿en cuál?

—En «El Fuego».

—Sí. Me parece que fue ahí. Pero es un viaje que llevo dentro de mi corazón. Ninguna mujer tuvo nunca unas manos como las manos de Eleonora, unas manos tan bellas, tan precisas. Solamente Italia, un país laborioso, pudo llegar a producir tales manos. Me llamaba el Imaginífico. Fue una mujer extraordinaria.

—En los diccionarios se dice de usted: «refinadísimo y sensual, tanto en su vida como en su arte».

—Es falso. Yo era pequeño y calvo, pero las mujeres me encontraron siempre maravilloso. ¿Se da cuenta? Aun cuando fracasase resultaba, en el fondo, una victoria.

—¿Por ejemplo, Isadora Duncan?

—Huyendo de mí prefirió a un poeta ruso, que se suicidó luego.

—¿Le dolió?

—Lo preciso. No crea usted que es una actitud cínica. Es algo así como un destino. No era yo quien ponía los labios en la mano de una mujer, eran ellas quienes apoyaban sus manos en mi boca. He sido siempre un creador.

—¿Y de la guerra?

—¡Ah, la guerra! Cuando fui en mi avión sobre Viena fue algo impar, lo que solamente pudo hacer un hombre como Gabriel d'Annunzio.

—¿Qué pasó?

—Bombardeé Viena con versos de Gabriel d'Annunzio. ¿Se da cuenta de lo que esto significa?

—No.

—Ni una muerte. Pero, ¡cuántos corazones de mujeres heridos!

—Usted es un gran personaje.

—Muchas veces no es alegre serlo, y algunas veces es tremendo.



—*Pero usted estuvo pocas veces solo.*

—Siempre. Para la mujer no hay nada como la preceptiva, más o menos literaria. Las fuentes para la mujer son muy importantes. Es casi una erudición.

—*Me gustaría que este diálogo pudiera prolongarse más tiempo.*

—No hace falta. A mí me conoce todo el mundo. Soy el escritor más genial de mi tiempo, y uno de los más importantes de todos los tiempos.

—*Estoy seguro.*

—Soy un escritor crepuscular, envuelto en el carmín del sol agonizante como un toro herido, el toro oriental de Mitra ensangrentando el horizonte.

—*Puede ser, puede ser.*

—Estoy seguro de que es así. El mito griego y el germánico se repiten en mí. Siempre hay un punto libre para la herida mortal. Mi punto débil está en el corazón, quizá porque bañado en el carmesí del atardecer haya puesto mi mano sobre el lado izquierdo del pecho.

